

**Emilio Lamo de Espinosa**

***Bajo puertas de fuego. El nuevo desorden internacional***

Madrid, Taurus, 2004.

Ante la vorágine informativa actual y las pasiones desatadas por la reciente guerra de Irak, Emilio Lamo de Espinosa nos presenta en *Bajo puertas de fuego* «un viaje para explorar la realidad del nuevo desorden internacional». Su propósito, tal como anuncia en las primeras páginas, es contribuir a serenar un debate político y social que vendría siendo impedido por el maniqueísmo de los posicionamientos radicales (estaríamos obligados a elegir entre los ángeles y los demonios, dice Lamo de Espinosa) y la ceguera analítica de quienes se instalan confortablemente en la conciencia de estar secundando valores éticos insobornables. Una vez identificada esa circunstancia que caracterizaría el escenario político desde la irrupción dramática del terrorismo de Al Qaeda, pero, especialmente, desde la polémica invasión del territorio iraquí por parte de las tropas estadounidenses dentro de la «guerra preventiva» desatada como respuesta a la nueva amenaza del terrorismo internacional, el valor de la reflexión sociológica para ayudar a distinguir entre la esencia de las cosas y su apariencia, para «tratar de ir más allá de los velos ideológicos, de los prejuicios, los estereotipos o los clichés», muestra todas sus bazas. Aquellas que pueden permitir conocer con mayor acierto hacia dónde, cómo y por qué se dirige el mundo que habitamos.

Así, Emilio Lamo de Espinosa elabora un análisis crítico (guiado por el propósito de la objetividad) del nuevo escenario internacional o, también, en otras palabras, del nuevo desorden, pues como él mismo explica, es menos arrogante utilizar éstas expresiones que hablar de un «orden internacional» que, en definitiva, nunca en toda la historia de la humanidad se habría dado más que como aspiración bastante reciente de los Estados nacionales. Bajo el presupuesto científico de contribuir a desvelar la realidad del panorama actual eliminando los prejuicios ideológicos que habrían aflorado con especial intensidad en los últimos tiempos, el análisis de Lamo de Espinosa se detiene en la constatación del papel de Estados Unidos a la hora de contribuir a la democratización del mundo, valorando sus decisiones en virtud del que a juicio del autor sería el mayor de los objetivos políticos de la actualidad: esto es, en virtud de la gobernabilidad del mundo.

Su reflexión acerca de cómo gobernar el mundo, o, en otras palabras, acerca de cómo generar la posibilidad de una política interior universal, encaja con la constatación empírica de la unipolaridad y la multilateralidad del mundo. Dada la asimetría de poder existente *de facto* (que señala directamente a Estados Unidos como imperio incontestable) y la solicitud unánime de legitimidad a la hora de poner en práctica dicho poder (una legitimidad que, hoy en día, sólo parece poder derivarse del consentimiento legal del conjunto de las naciones), la posibilidad de hacer practicable un gobierno eficaz del mundo descansaría en la conjunción positiva de ambas realidades (la que muestra el reparto de poder tal cual es empíricamente y la que define el mundo contando con los imperativos de una legitimidad que sería la única capaz de garantizar el buen gobierno del mundo). Aquí, el análisis de Lamo de Espinosa se apoya directamente en la definición weberiana del Estado nacional, que quisiera estirarse hasta la nueva referencia a un Estado mundial que requeriría únicamente, en paralelo a las condiciones que fundaron y estabilizaron la realidad de los Estados nacionales, un monopolio de la violencia legítima, pues, en su opinión, la territorialidad y la comunidad (las otras dos claves fundadoras del Estado) ya estarían presentes como un mundo global sin fronteras y como la humanidad en conjunto. Una valoración, ésta, a la que el autor concede el máximo protagonismo al convertirla en el modelo que cabe esperar que se materialice en el próximo recodo histórico, cuando la democracia y la economía de mercado sean definitivamente aceptadas como un mismo orden institucional visto desde dos perspectivas, la política y la económica y como el único orden que instaurado a nivel internacional puede garantizar una paz duradera pues, no en vano, como recuerda el propio Lamo de Espinosa, «la evidencia empírica de que las democracias no luchan entre ellas es “extremadamente robusta”».

En consonancia con esa versión del ordenamiento actual del mundo y de sus perentoriedades, las reacciones ante la sangrienta comparecencia del terrorismo islámico tras una década que es analizada como los felices noventa y como el espejismo de un final de la historia que habría sepultado la lógica de los actores que durante cuatro décadas polarizaron el mundo bajo la amenaza de la destrucción mutua, son evaluadas atendiendo a la frustración que producen en la gobernabilidad del mundo. Así, la sobre-reacción estadounidense y la infrarreacción europea a las que hace referencia el autor designan un exceso y un déficit en función, precisamente, de la reacción que habría cabido esperar de un orden internacional que pudiera contar entre sus logros con el de una auténtica gobernabilidad. Junto a la evaluación de esos alejamientos del ideal de la gobernabilidad del mundo, Lamo de Espinosa expresa una crítica a las decisiones tanto de Estados Unidos como de Europa (en este caso, más que de la Unión Europea, de su ciudadanía que se opuso frontalmente a la guerra contra Irak con independencia de las diferentes posturas adoptadas por sus respectivos gobiernos y haciendo ostensible, una vez más, la escisión política de Europa y su inveterado pacifismo, al que dedica igualmente unas interesantes e incómodas reflexiones que apuntan al núcleo del problema de ser pacifista con la seguridad garantizada por el sacrificio de otros, en este caso, de los miembros del ejército americano).

Bajo esa clave de una crisis en la gobernabilidad del mundo materializada en el

episodio bélico de Irak, Lamo de Espinosa propone una vía de análisis que huye de las evaluaciones políticas y se centra en los datos objetivos de una serie de encuestas hechas sobre el terreno que ponen en entredicho el prejuicio acerca del desastre civil provocado con la invasión norteamericana. El análisis de los costes de la guerra (donde muestra la percepción positiva de los iraquíes al principio de la posguerra, tras la caída de Sadam) se presenta como contrapunto a las previsiones agoreras de quienes rechazaron desde el inicio la intervención estadounidense. Lamo de Espinosa compara el escenario real posterior a las acciones bélicas con aquel que imaginaron los opositores a la guerra subrayando, con ello, nuestra (él también se incluye) escasa capacidad de predicción, aunque, sin llevar más allá un argumento que le habría permitido, quizá, aceptar que la prognosis de quienes imaginaban el apocalíptico futuro con Sadam en el poder tenía tanta garantía de acierto como la de quienes suponían, tal como se reflejó en la prensa de aquellos días, que «la calle árabe» se movilizaría, Bagdad se convertiría en un segundo Stalingrado, los kurdos se independizarían, se producirían millones de refugiados, el precio del petróleo se dispararía... Con todo, pese al valor ilustrativo de esa mirada retrospectiva que advierte, nuevamente, contra el excesivo apasionamiento de los debates, no está muy claro que esa demostración, al margen de enrojecer a determinados visionarios, pueda conducir a alguna conclusión sobre el valor de los diversos posicionamientos ante la guerra de Irak. El problema para establecer algún paralelismo entre lo que ha ocurrido y lo que se supuso que iba a ocurrir es inmediato: la vía puesta en práctica puede demostrar los errores de los pronósticos que la definían de antemano; la otra vía, la que habría resultado de no intervenir en Irak y que ya nunca se materializará, sólo puede seguir apelando a los supuestos (a las amenazas que habrían sido neutralizadas gracias a la guerra).

En esa crítica a los análisis ocasionales y, en efecto, desacertados, que encendieron la opinión pública, no se contempla que nuestra precariedad predictiva debería recaer sobre el conjunto de circunstancias imaginadas, no exclusivamente sobre aquellas que parecen darnos la razón con la poderosa fuerza de los hechos. Algo que tendría que empezar a ser aun más evidente cuando se constata el cúmulo de mentiras acerca de la posesión de armas de destrucción masiva en manos del tirano iraquí que sirvieron de argumento principal para la invasión, pero que, como bien señala Lamo de Espinosa, aparecieron como posibilidades muy verosímiles durante las jornadas que hicieron tambalear la unidad estratégica de la ONU. Evidentemente, la relación directa entre la tenencia efectiva de dicho arsenal y la posibilidad de una conexión (también puesta en entredicho por numerosos analistas) entre Sadam Hussein y Al Qaeda, cambiaría el escenario que habría que imaginar si Sadam no hubiera sido derrotado. No es el caso, pero necesariamente ese apunte que confluyó en la escena pública con grandes visos de verosimilitud obliga a matizar la prepotencia moral con el que el «no a la guerra» termina sellando cualquier posible discusión.

Con toda lógica, más aún en un contexto donde se trata de justificar el recurso a la violencia (que, inevitablemente siempre tiene un coste en términos humanos), en el libro se plantea una reflexión sobre el problema del respeto a la Declaración Universal de los Derechos Humanos y a su combinación con la soberanía nacional. En este terreno, la

posición de Lamo de Espinosa es clara: en un nuevo orden internacional (que habría de corresponder a una democracia universal) la soberanía tiene que quedar suspendida cuando suceden graves violaciones de los derechos humanos. De ahí su apuesta por la inclusión del derecho a la injerencia humanitaria en la Carta de las Naciones Unidas, que ampliaría el supuesto de la legítima defensa como única justificación para la guerra.

Así, al margen del conflicto iraquí, que el autor analiza desde la clave de la hipótesis de la presencia de arsenal atómico susceptible de utilizarse con fines terroristas, la respuesta genérica de Emilio Lamo de Espinosa al problema del recurso a la guerra vendría de la mano de su convicción de que, en determinadas circunstancias (las que corresponderían a Estados despóticos), la inacción es ilegítima, inmoral e hipócrita. Una respuesta que se deriva coherentemente de su sentido de la justicia y de su defensa del mencionado derecho a la injerencia humanitaria, pero que, en último término, no permite decir nada concluyente acerca de la capacidad de anticipar un determinado futuro (con la importancia que esto tendría para evaluar la relación entre costes y beneficios de posibles intervenciones armadas) y, en cambio, sí sobre los problemas para localizar objetivamente el sujeto que decide los medios idóneos (incluidos el uso de la fuerza bélica) para combatir el mal en el mundo. No es casual que el propio Lamo de Espinosa recuerde el peligro de volver a encontrarse con «el espíritu maligno que deseando el bien sólo produce el mal». Sea como fuere, desde nuestra confortable Europa, es muy cierto que no podemos obviar que somos partícipes de un determinado modo de comprender y organizar el mundo similar al estadounidense (con todos sus matices culturales), de manera que carecen de sentido y son sumamente hipócritas los lamentos por que sea la democracia norteamericana la que actualmente lleve las riendas del mundo y la que posea el único ejército con capacidad de despliegue en cualquier parte del planeta. Reconocer esto es, desde luego, un ejercicio de sinceridad necesario que, por lo demás, tiene que ponernos un poco alerta pues hace que suenen muy convincentes a nuestros oídos las sentencias acerca de la necesidad de extender la democracia al orbe mundial y acerca de la fuerza del derecho y el derecho de la fuerza, lemas ambos tan caros a la dinámica histórica de los Estados nacionales y, ahora, por alcance, al Estado mundial al que se aspira. Los abusos a la hora de tratar de extender ese modelo son los que habría que neutralizar (reconociéndolos de antemano, con la dificultad que eso entraña) evitando así caer, y ahí se encuentra lo verdaderamente complicado, en la complacencia pasiva con todo lo que es, que inadvertidamente convierte, como señalara en su día Nietzsche, la mera existencia en el índice de la justicia.

Al final, inevitablemente (no en vano, estamos reflexionamos sobre la guerra y su legitimidad), frente a la lógica analítica que utiliza Lamo de Espinosa y que se asienta en la idea de la manejabilidad del mundo además de confiar en el ideal práctico de construir un mundo gobernable, acaba apareciendo un cierto vacío ante las víctimas reales del propósito de democratizar el mundo bajo la batuta incontestable del poderío militar de Estados Unidos. La voz agradecida de las víctimas previsibles salvadas por la guerra (¿quién puede discutirlo?) no alcanza para acallar, como ha dicho alguno, el «clamoroso silencio» de los muertos inocentes. Ése es el dilema irresoluble que enfrenta con máxima gravedad nuestro tiempo: la impotencia moral de la toma de partida ética. Es bueno

saberlo: la legitimidad de nuestras acciones tampoco puede convertirnos en auténticos sujetos morales como imagina, por ejemplo, la doctrina de la injerencia humanitaria. Algo, por lo demás, que tampoco es un argumento contra dicha doctrina y sí, contra su pretensión de limpiar definitivamente las conciencias.

Esa impotencia a la que estamos condenados y que con facilidad puede recluirse en el cinismo de la inacción autocomplaciente (contra la que también avisa Emilio Lamo de Espinosa) bien podría resumirse en que no podemos dejar de oír el lamento de las víctimas de toda guerra (incluida la «humanitaria») ni olvidar, como ha recordado recientemente Glucksmann, que «los detenidos de Auschwitz o de la Kolyma escrutaron el cielo en vano» buscando los aviones cargados de bombas que los liberaran. Ése es el signo de nuestro tiempo, que no puede alentar el pacifismo radical sin dejar abierto el interrogante que urge a la acción contra la tiranía y los genocidios: y entonces ¿cómo?

MARTA RODRÍGUEZ FOUZ  
*Universidad Pública de Navarra*